

**OCTOPUS'S GARDEN**  
**(a Arístides Vargas)**

**1**

He encontrado la obra de Arístides Vargas a través de la ausencia. Una ausencia prolongada en el tiempo. No es la historia de un afecto perdido o una memoria recuperada o un exilio pleno de recuerdos...es exactamente una ausencia....de datos, de encuentros con su obra, de pérdidas irrecuperables y significativas. ¿Señales? En Bogotá me quedé varado, como muchos de sus personajes, en la espera...de una cola de espectadores del Festival Iberoamericano sin poder ver su “Jardín de Pulpos”. En Caracas, me perdí “Nuestra señora de las nubes”, sin poder conseguir una entrada anticipadamente, perdido en las nubes estaría....Ausente varias veces ya, pude por fin ver “La edad de la ciruela” del Grupo Actoral 80 y allí decidí que la única manera de no seguir ausentándome era montando una obra suya....Gracias Basilio Álvarez y Gladys Prince por conseguirme ese librito entrañable de sus obras.

Ahora, gracias a mi montaje de “Jardín de pulpos”, estoy aquí presente y hasta Arístides Vargas vino a verme. Hace día le dije que en 19 años del Teatro de Repertorio Latinoamericano TEATRELA, por primera vez un autor iba a presenciar una obra montada por nosotros. Ese placer nunca lo logramos con Luis Rafael Sánchez, Griselda Gambaro, Alejandro Sieveking, Sabina Berman o Marco Antonio de la Parra....ni nunca lo pudiésemos lograr con Gonzalez de Eslava, Sor Juana Inés de la Cruz, Fray Francisco del Castillo, Calderón, Goldoni, Lorca, Aristófanes o Gil Vicente....¡Menos mal! Cuando le dije que iba a ser nuestro primer autor vivo presenciándonos, sarcásticamente dijo “no por mucho tiempo”...en ese maravilloso doble sentido, pleno de humor que maneja en su labia y en su escritura.

Inexplicablemente Arístides y su compañía tuvieron que quedarse más tiempo “vivos y presenciándonos” en nuestra función especial en el Festival de Teatro de Occidente en Guanare, Venezuela. Fue como si un duende bufón los quisiese retener en el puesto de espectadores. Perdónenos, por darle a esa espera una connotación mágica y no la de la infeliz falta de logística. “O inventamos o erramos” decía nuestro glorioso Samuel Robinson o Don Simón Rodríguez.

Sí, querido Arístides, viste nuestro pequeño “Jardín de Pulpos”, una ópera prima que tanto significado tiene en tu escritura , primogénita, coyuntural y camino iniciático, pleno de recovecos y tentáculos que se desarrollan en tus obras posteriores para trazar caminos nuevos y contundentes.

## 2

“Jardín de pulpos” fue un amor a primera vista, algo que sólo me ha pasado con “El ángel de la culpa” de Marco Antonio de la Parra. Y la coincidencia está en que la presencia muda del ángel hurga las heridas profundas de la memoria del personaje protagónico de De la Parra y aquí, la Antonia-Ariel se convierte en el lazarillo de Don José para recuperar su memoria.

Un amor a primera vista con la memoria, sin duda. Una memoria que tanta falta nos hace aquí en Venezuela, un país que creemos sin memoria, un país que creemos inventar todos los días cuando en realidad tiene siglos batallando en lo efímero y circunstancial pero también en lo profundo. Un país con memoria pero que la desconocemos porque nuestros líderes siempre quieren acabar con todo y construir sobre la nada. Algo que hicieron nuestros caciques, los conquistadores y que venimos arrastrando como una maldición inclusive en nuestros líderes independentistas, republicanos y en los caudillos partidistas del antes y el ahora.

## 3

“Jardín de pulpos” es un espejo de sentires y cantares de una patria grande que descifra a todas las patrias chicas, tal es su fuerza salvaje, tal es la tinta que se desprende de un cuerpo deforme pero pletórico, un cuerpo que tiene una cabeza en México y Guatemala (si fuera Canadá y Estados Unidos seríamos cabezones y no es la idea)...., un cuello rodeado de perlas que es la América Central y sus Antillas, dos senos libidinosos que Colombia y Venezuela, un corazón que es Ecuador, una caja torácica, cantora de puro respiro amazónico que es Brasil y un vientre gestador de culturas y libertades ubicado en Perú y Bolivia. Termina esta patria grande, en Paraguay, Uruguay, Argentina y Chile, configurando un solo y gordo pie plano...o sea pata agónica....podría explicarse así el hecho que estos países estén siempre dando tumbos, pero en realidad que les tumbaron con

“golpes” todas las esperanzas. De esas esperanzas golpeadas, surge la dramaturgia de Arístides Vargas y el exilio o la persecución lo hacen llegar al corazón de América, el generador de ríos profundos, volcanes de cultura inextinguible, lenguas y resistencias vivas. En el corazón de América, Arístides debe haberse acurrucado bajo las sombras delirantes del Chimborazo, como el Libertador y conste aquí que esta alusión se inscribe al espíritu consecuente de esta época, y allí, pudo elucubrar verbos memoriales y angustias latinoamericanas. Y allí, el volcán Arístides entró en erupción enalteciendo con su lava creativa, la ciudad más bella de América, Quito.

Es cierto que no hay mar en Quito, y es menos probable que le inspirase “un jardín de pulpos” pero todos sabemos que la playa de la obra es una playa atlántica o pacífica donde se derramaron millares de desaparecidos de las dictaduras militares y su Operación Cóndor. Por eso la memoria lacerada creó en mí un amor a primera vista. Exiliados griegos mis abuelos del Asia Menor a Atenas, expulsados por los turcos; inmigrantes a juro mis padres de la Grecia fascista post guerra civil...a Venezuela. Con tal pasado, una obra que habla de viajes a la semilla y reencuentros con los ancestros no podía más que enamorarme a primera vista. Y cuando nos proponen, a TEATRELA y a mí, participar en el Ciclo “Mirando al espacio vacío” del Ateneo de Caracas, ya teníamos una obra en mano, de la cual todos estábamos enamorados, exceptuando a nuestro primer actor y querido Don José, el actor cubano Julio Rodríguez que intuía que el viaje al “jardín de pulpos” era un viaje interior desgarrador y se escudaba del rechazo aludiendo “la pasividad” de su personaje.

#### 4

Íbamos a estar en un espacio vacío, pero con las “sopotocientas” imágenes de Arístides, se podía crear un espacio deslumbrante...un espacio llenado con palabras, bisturís que despellejaban nuestra más abrupta realidad actual, como nuestro pasado remoto. Y entonces entendimos que había que darle paso a la palabra y que ella nos iba a crear en escena. Ella iba a musicalizar y lo hizo con sus sugerencias cantoras; ella nos iba a vestir y lo hizo con su poder de duende tierno y de fustigante ironía; ella nos iba a dar peso en el escenario como personajes, con una palabra así, cualquier actor o actriz se siente Sansón, aún siendo la palabra mínima pero jocosa de los tíos o los amigos adolescentes de Don José...Una palabra destrozada crea a Ñaño, una palabra borracha al Jefe, una palabra lasciva a tía

Regina, una palabra musical al papá y al joven de la valija, una palabra de heroína a la Antonia, y todas juntas le dieron la palabra y la memoria a Don José, receptáculo introspectivo de la magia última de la palabra que vida, de la palabra que es muerte.

Construir una Antonio etérea alejada de histrionismo, una palabra danzante, una palabra con la simpleza profunda de un tamborcito. En contra posición, construir una troika de personajes, en la madre-tía-esposa, un reto de caracterizaciones, firmemente teatral en un solo cuerpo. Y de allí en adelante, una escapada moderna al origen, en una especie de Frida Kahlo-Pachamama. Todo en la piel y alma de tres actrices que han sido piel y alma de mi grupo: Eulalia Siso, Marisol Matheus y Nirma Prieto. Nuestros actores Don José, lo tenía más fácil: venían al igual que Arístides con una experiencia distinta de exilios pero exilios al fin. Uno de Cuba y el otro de Perú. Una obra-exilio construida a partir de despojos que se han convertido en arenita de recuerdos, una arena infinita donde se baten el sueño y la conciencia, la familia y los amigos soñados con la conciencia de la historia, una historia carcomida y sangrienta, una historia guerrera que nos tira como maderos abandonados en una playa enigmática donde se esconde el terror pero que tenemos que convertir en “ideas que flotan bajo la espuma”.

## 5

Mi pidieron hablar de mi experiencia como director con la obra de Arístides Vargas “Jardín de pulpos”. Con semejante material dionisiaco, satírico, téspico e histriónico (fíjense que todas las palabras son griegas al igual que el nombre Arístides)...¡cómo no iba a dirigir! Lo único que había que hacer es desnudarse, despojarse de vestimentas de puesta en escena que se colaron en el texto que evidentemente surgió de la experimentación y de la puesta en escena del grupo Malayerba; despojarse también de la posibilidad de un grupo numeroso a través de los artificios mismos del teatro, títeres, máscaras y varios personajes en la piel de un solo actor; sumergirse al encuentro de los tentáculos dolorosos o festivos de una palabra memoriosa, que sabemos que herirá y conmoverá no sólo a los histriones y su mundo familiar, sino al espectador que encontrará en nosotros, a su familia, en un encuentro, sin duda, ritual pleno de sonoridades. Por último, entender el mundo de Arístides Vargas, poblado de personajes con alter-egos, poblado de caras y cruces de una misma moneda de cobre, níquel o estaño, porque el oro y la plata no le van, ese mundo dramatórgico que a

partir de su precurso “Jardín de pulpos” ha poblado de carnadas jugosas los anzuelos de los grupos de teatro latinoamericanos y le han dado una entidad particular al Malayerba.

6

Para nosotros, el Teatro de Repertorio Latinoamericano TEATRELA, era también colocar a nuestro dramaturgo en un ciclo claramente eurocéntrico y cosechar a través de la proeza. Reconocimientos, premios y muchísimas satisfacciones. Lo demás fue un sembrar de cantos de sirenas, no precisamente para hacernos olvidar, y cantos de ballenas para hacernos recordar nuestra condición de mamífero que extingue flora y fauna en el planeta, o sea, jardines y pulpos. Cantos para acunar temores, cantos para despertar dolores, cantos antiguos, cantos de pescadores que traen memorias colectivas, esas que Arístides Vargas tejió en su red y esperan que cada director la desenrede y tire al mar de la escena. Con una red así, siempre habrá una buena pesca, pero si hay un pulpo, sólo porque saben que tiene tinta que regalar, déjenlo seguir escribiendo en el fondo del mar, déjenlo bailar con sus ocho piernas, déjenlo succionar con sus tentáculos la sal antigua del mar, que a la vez es la sal antigua de la tierra.

7

Postdata: El hecho de que Arístides cree maravillas con Charo no significa que le guste el pulpo “a la gallega”.

8

Gajes (y bagajes) del oficio.... tenía que llegar al ocho, por razones formales: este escrito es un octópodo.

**COSTA PALAMIDES**